



¿Retrocede en Francia el valor de los títulos de la enseñanza superior?

Preámbulo

Desde los primeros años del decenio de 1980, dos elementos esenciales han marcado en Francia la evolución de la inserción en el mercado de empleo de los jóvenes que finalizan la enseñanza superior:

□ una notable aceleración en los flujos de acceso a este nivel de estudios, que a pesar de los fuertes índices de fracasos durante el primer ciclo se ha traducido en un crecimiento espectacular de los flujos de salida de la enseñanza superior al mercado de empleo. Ello no ha sido óbice para que la calidad de la inserción de los jóvenes titulados superiores se haya mantenido e incluso mejorado, mientras que en el mercado de empleo global la situación de los jóvenes ha seguido siendo muy mediocre;

□ una degradación de las condiciones de inserción en el mercado de empleo a partir de 1992, debido a una evolución desfavorable de la coyuntura que, a la inversa de casos anteriores, ha afectado más a los jóvenes con títulos superiores que a los restantes titulados del sistema educativo; contra la suposición común de aquella época, esta evolución podría no deberse a un simple ajuste coyuntural, pasajero por tanto.

Para interpretar estas evoluciones y la forma en que el mercado de empleo para jóvenes se ha adaptado a este potente efecto de oferta educativa, es conveniente contrastarlas con los cambios más globales de la relación formación-empleo. Por ello, este artículo intenta seguir una vía iniciada anteriormente por d'Iribarne (1986), que consiste en tender «hacia el análisis de un segmento del mercado de empleo, a través del cual tiene lugar regularmente la renovación de la población activa y que sólo puede enfocarse tomando en cuenta las grandes estructuras nacionales, incluso cuando se trata de in-

vestigaciones de carácter local» (p.94). Subsiguientemente, «las condiciones de la inserción de jóvenes (...) no pueden analizarse sin estudiar las características esenciales de los sistemas educativos y sus relaciones institucionales con las empresas, por una parte, y los sindicatos de trabajadores, por otra» (ibid, p.95).

A este respecto, es importante señalar algunas características «societales» de la relación formación-empleo en Francia: la tradicional importancia de los contratos privados en la regulación del mercado de empleo y la estructura de las cualificaciones; la fortísima selectividad, en base al rendimiento académico, de una enseñanza predominantemente escolar; como resultado de estas dos características, el posicionamiento de las personas en la lista de espera para acceder a empleos, en particular a los empleos de contratos privados, depende sobre todo del nivel de la titulación obtenida en su formación inicial. Esta tendencia no ha cesado de afirmarse a la par que se hacía mayor la escasez de empleos debida al agravamiento de la crisis económica. El proceso ha beneficiado sobre todo a los titulados de la enseñanza superior, de los que ha llegado a decirse que han extraído una renta de la situación (Goux, Leclerq, Minni 1996).

Algunas referencias societales sobre la relación formación-empleo y la posición de los títulos de la enseñanza superior

Tradicionalmente ha existido siempre una fuerte dependencia estructural entre la especificidad de las cualificaciones y el bajo nivel de formación básica de la mano de obra véase Maurice, Sellier, Silvestre, 1982).



Eric Verdier

Lest-CNRS, Aix en Provence

Desde los primeros años de la década del 80, se ha producido en Francia una evolución muy rápida de la enseñanza superior que ha comportado un aumento en los flujos de salida de las diferentes vías de la misma. Hasta 1992 la evolución del mercado de empleo parece caracterizarse por una consolidación de los mecanismos selectivos para los jóvenes y por el surgimiento de una regulación competitiva en algunos sectores del mercado de empleo que ha beneficiado sobre todo a los jóvenes titulados por la enseñanza superior.



Recuadro 1

Un análisis institucional de la inserción de los jóvenes con titulación de enseñanza superior

Aparte de estos principios generales, seguiremos a Garonna y Ryan (1989), quienes construyen una tipología comparativa de los modelos de inserción de los jóvenes con la ventaja de reintroducir en el análisis los mecanismos de mercado más explícitamente que en el caso de la teoría del efecto societal. En efecto, parten de la suposición de que los asalariados adultos tienden a protegerse de la potencial competencia que pueden implicar los jóvenes, sobre todo cuando estos últimos se han beneficiado de una formación de calidad y/o de nivel superior. Los autores muestran que los trabajadores «con puesto» no consiguen impedir esta competencia en los periodos de paro masivo acompañados de una escasa reglamentación de los mercados de empleo: la Gran Bretaña de la década del 30 ilustra este tipo de «regulación competitiva», con la posibilidad para los empresarios de emplear con plena libertad el trabajo de los jóvenes, de baja remuneración. En realidad, la protección de los trabajadores adultos se puede efectuar mediante dos sistemas muy diferentes. Con el de la «integración reglamentada», los jóvenes entran regularmente en el empleo y en todos los sectores de actividades, pero en calidad de aprendices: «los intereses de los trabajadores quedan protegidos por reglamentos que, al estipular normas para la formación en el lugar de trabajo, desalientan la tendencia de los empresarios a aprovecharse de la baja remuneración de los aprendices» (Garonna, Ryan, p.80). En el caso de la «exclusión selectiva», los jóvenes con formación escolar deben adquirir una experiencia profesional en empleos secundarios antes de poder acceder, selectivamente, a un empleo primario. Alemania y Gran Bretaña, esta última en menor grado, corresponderían al primer sistema, mientras que Estados Unidos y Francia, considerando la tradicional importancia en ambos países de los contratos privados, pertenecerían al segundo. Es evidente de todas maneras que estas modelizaciones societales se diferenciarán dentro de un país en función de las políticas sectoriales de gestión de la mano de obra (véase p.e. Clémenceau y Géhin (1983), sobre la segunda mitad del decenio de los 70).

de trabajo más normativa y jerarquizada. De hecho, se traduce en una fuerte proporción de trabajadores de escasa formación dentro de los técnicos y los mandos; así, en 1982 más de la mitad de los trabajadores de estas categorías no disponían de un título de enseñanza superior. La figura de un mando o de un técnico «de la casa» seguía teniendo una presencia muy importante.

La fuerte selectividad de la enseñanza convierte al título en una herramienta principal de clasificación de las personas dentro del mercado de empleo

El rendimiento escolar, en particular en materias académicas, es el patrón con el que se miden los méritos individuales. Su justificación es muy sólida, ya que su supuesta neutralidad toma como referencia una acumulación de conocimientos necesaria para la estructura de una sociedad que se pretende tanto justa como productiva. En este contexto «se desarrolló a principios de siglo la orientación escolar, que pretendía la detección científica de las aptitudes de cada persona» (Duru-Bellat, 1992). Estas características generales conceden a la escuela una responsabilidad considerable: no sólo formar sino también clasificar a los individuos, lo que desde entonces reviste una importancia social de primer orden. Así, en la escuela se evidenciarán las estrategias individuales, que reintroducirán e facto un fuerte dimensión social en los resultados de la competencia escolar (Duru-Bellat, 1992): dichas estrategias consisten tanto en distinguirse como en aprender, apoyándose en un criterio «noble» por excelencia, como es la acumulación individual de conocimientos generales. Por ello, toda otra forma de conocimientos o de modalidades de formación será «por definición» una forma degradada, «impura», de la formación general. Para algunos autores (d'Iribarne y d'Iribarne, 1993), la fuerza de este modelo meritocrático de la sociedad lleva a hablar de la «aristocracia escolar», que habría sustituido a la aristocracia sanguínea del Antiguo Régimen, haciendo real hasta cierto punto una síntesis entre la tradición de organización jerárquica de la sociedad francesa y el ideal republicano de una élite legitimada por el saber. Esta configuración justifica un proceso de orientación al término del colegio (tras cuatro

«En Francia, el mercado de empleo se ha estructurado tradicionalmente por contratos privados, cuyo elemento fundamental es la antigüedad (...) la cualificación constituía antes de nada un hecho de empresa y de organización.»

Predominancia de los contratos de empleo privados

En Francia, el mercado de empleo se ha estructurado tradicionalmente por contratos privados, cuyo elemento fundamental es la antigüedad. El efecto salarial de la antigüedad en el empleo sobre la remuneración obrera es dos veces inferior en Alemania que en Francia (Depardie, Payen, 1986). A esta característica, Eyraud, Masden y Silvestre añaden (1990) que la antigüedad relativa de los trabajadores cualificados con relación a los semicualificados y a los no cualificados es muy superior en Francia al caso de Gran Bretaña, país donde predominan los mercados profesionales. Como han mostrado Maurice, Sellier y Silvestre (1982), la cualificación constituía antes de nada un hecho de empresa y de organización. Esta modalidad de estructuración por contratos privados ha permitido componer una mano de obra de escasa formación, destinada a insertarse en una organización



años de enseñanza secundaria) que desvíe a «los menos productivos» hacia la enseñanza profesional.

Los títulos que estructuran la inserción profesional y social

Esta lógica meritocrática era aún más estructuradora, al aplicarse a una sociedad que hacía de los títulos no sólo una referencia social importante sino un recurso relativamente raro: su difusión seguía siendo bastante limitada (50% de no titulados entre los activos con trabajo en 1982). En este contexto, los títulos educativos, ya procedan de una vía general o de una profesional, son en Francia ante todo instrumentos de clasificación individual dentro de una competencia escolar cuyo resultado se reflejará muy claramente en diferentes niveles sociales. Esta competencia apenas permitirá constituir «polos de cristalización de una identidad profesional», como es el caso en Alemania con el sistema dual, y ello a la par con una enseñanza profesional y técnica cada vez más desarrollada (Silvestre 1987). El sistema francés construye individuos, mientras que el modelo alemán constituye en principio grupos articulados a determinadas profesiones.

Pero durante la fase de fuerte crecimiento y en parte durante el decenio del 70, este meritocracia no impidió que las promociones sociales fueran importantes dentro de los contratos privados, para responder a las necesidades de cualificación de las empresas.

En el contexto de un país como Francia, con un sistema educativo fuertemente institucionalizado y reglamentado (Campinos, Grande, 1988), la opción de este artículo ha sido la de resaltar el papel y la importancia de los títulos como instrumentos (potenciales) de coordinación entre los comportamientos de los individuos, las políticas públicas de formación y los mercados de empleo. Este enfoque nos parece aún más legítimo cuanto que el sistema educativo y formativo francés es sin duda el que, dentro de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), ha experimentado transformaciones tanto cualitativas (con la creación de los bachilleratos profesionales) como cuantitativas a velocidad muy rápida, y desde 1984 presenta

Recuadro 2

Por un análisis de los cambios societales

Esta perspectiva dinámica fue la adoptada por Silvestre (1986) al estudiar la evolución de los sistemas nacionales de movilidad (en su caso, Alemania, Francia y Japón) en el contexto de la crisis económica. Consideraba que podrían producirse tres tipos de cambios. Los primeros, denominados «mecánicos», no afectan en absoluto a los principios fundamentales de las estructuras societales, lo que sin embargo no implica que los comportamientos y las instituciones no se transformen; simplemente, estos cambios se producen «en la periferia de la realidad estructural» (el caso prototípico es el surgimiento de empleos precarios, mientras que se mantienen los contratos privados en su forma clásica).

Una segunda categoría de cambios se compone de los casos en que las evoluciones «hacen uso de los principios de funcionamiento ya en vigor», lo que significa que los compromisos en que se fundamentan las reglas y relaciones societales existentes no resultan afectados o transformados cualitativamente. Su «flexibilidad» permite a las estructuras iniciales dar prueba de dinamismo y conducir y aborber los cambios, que se califican en este caso de «orgánicos» (un buen ejemplo es el incremento del flujo de aprendices en Alemania como respuesta a los riesgos de degradación del empleo juvenil, durante la primera mitad de la década del 80).

Un tercer tipo de cambio se denomina «estructural» porque «la crisis va a provocar una desestabilización de las prácticas efectuadas regularmente en los sistemas antiguos», para «generar nuevas formas de comportamientos y de relaciones sociales».

los índices más intensos de escolarización por encima de los 18 años (puede verse un balance en Lutz y otros, 1994).

Otra característica de la evolución al estilo francés es el haber realizado estas transformaciones conjuntas de la formación y las regulaciones del mercado de empleo en un contexto de escasez acentuada del empleo, mientras que las reformas que constituyen la base de los contratos profesionales alemanes datan de finales de la década del 60 y que el acceso de la mitad de los jóvenes americanos a la enseñanza superior es incluso anterior. Por consiguiente, la inserción profesional de los jóvenes «al estilo francés», en particular de los titulados de la enseñanza superior, y sus evoluciones, son un eficaz índice revelador de la dinámica de la relación formación-empleo.

Una evolución muy rápida de la enseñanza superior

Este incremento de los flujos de salida al finalizar las diferentes vías de la enseñanza superior es resultado de la convergencia de una política pública voluntarista y de una fuerte demanda social.

«(...) el sistema educativo y formativo francés es sin duda el que (...) ha experimentado transformaciones tanto cualitativas (...) como cuantitativas (...)»



«El objetivo planteado en 1984 – conseguir desde esta fecha hasta finales de siglo un 80% de bachilleres dentro de una generación – simboliza la determinación de la iniciativa pública en Francia.»

«Desde 1991, Francia se sitúa en el pelotón de cabeza de los países desarrollados en cuanto a índice de escolarización para alumnos de 17 y 18 años (...) en 1995, el 61% de los mandos intermedios poseen al menos un título de enseñanza superior (corta o larga), frente al 44,4% de 9 años antes.»

Un voluntarismo político inscrito en la ley

El objetivo planteado en 1984 – conseguir desde esta fecha hasta finales de siglo un 80% de bachilleres dentro de una generación – simboliza la determinación de la iniciativa pública en Francia. La fortaleza de este compromiso queda testimoniada por el hecho de haberse incluido dicho objetivo en la ley de orientación global del sistema educativo de 1989, que pasó por el Parlamento sin sufrir oposición ninguna. Con esta ley se pretendía compensar un cierto retraso de Francia en cuanto a escolarización secundaria y superior: en 1980, sólo un 20% de la población activa poseía un título de bachillerato o de enseñanza superior, y la mitad de los trabajadores no habían superado el nivel de estudios primarios (Goux, Minni, Leclerq, 1996).

Espectaculares resultados cuantitativos

En menos de quince años, se ha duplicado la proporción que accede al bachillerato dentro de una generación: 34% en 1980, 70% en 1994. Más de las dos terceras partes de un grupo de edades obtienen ya el bachillerato. En consecuencia, han aumentado fuertemente las cifras de estudiantes (en 500.000 durante la década del 80, esto es, un 40% más; en 400.000 de 1990 a 1994, esto es, un 23% más); los titulados superiores representan un 40% de los títulos educativos, lo que supone una duplicación en 20 años. Considerando por otro lado la tendencia a prolongar estudios (un año suplementario por cada cinco años), el incremento de la inactividad ha sido por tanto también espectacular.

Como señalan Elbaum y Marchand, la característica principal en la evolución de la situación de los jóvenes de menos de 25 años durante el decenio del 80 en Francia ha sido el descenso muy rápido en su índice de actividad (perdida de diez puntos entre 1983 y 1991), lo que ha dado lugar al nivel más bajo entre los grandes países industrializados (34,4% frente al 64,4% en Suecia o el 66,3% en Estados Unidos, donde se define la actividad de la misma manera, a diferencia de Alemania, donde se contabilizan los aprendices como activos). En 1994 el índice bajó aún más, situándose en el 30,7%. Desde 1991,

Francia se sitúa en el pelotón de cabeza de los países desarrollados en cuanto a índice de escolarización para alumnos de 17 y 18 años, junto con Alemania, Suiza (ambos en este nivel gracias a sus sistemas de aprendizaje) y Japón, muy por delante de Estados Unidos y más aún de Gran Bretaña. Desde entonces, la tendencia se ha afirmado todavía más.

La decisión política de aumentar a marchas forzadas el nivel formativo de los jóvenes se ha correspondido estrechamente con la evolución de las estructuras del empleo: mientras en 1982 las proporciones de cuadros y profesiones intermedias, esto es, los empleos destinados en principio a los titulados superiores, eran del 8,6% y del 18,6% respectivamente, diez años más tarde los porcentajes pasaron a ser del 12,2% y 20,3%. Aún más espectaculares son las evoluciones en términos de flujos: entre 1982 y 1991 el número de mandos y de profesiones intermedias con títulos superiores se incrementó en 929.000 personas, mientras que la población activa sólo aumentó en 424.000 personas. Debido a ello, la posesión de un diploma de un nivel correspondiente al de la categoría profesional elegida se convierte en una condición cada vez más necesaria, pero cada vez menos suficiente: en 1995, el 61% de los mandos intermedios poseen al menos un título de enseñanza superior (corta o larga), frente al 44,4% de 9 años antes.

Una huida hacia adelante económica y social

Además del voluntarismo de la política pública y las evoluciones en la demanda de las empresas, otras varias razones han contribuido al surgimiento acelerado de este «cambio orgánico» en la sociedad francesa, particularmente apta para llevar a cabo una escolarización a marchas forzadas, como ya había demostrado al término del decenio de los 60 (véase Prost, 1992).

El título: protección (relativa) contra el paro

Los jóvenes y sus familias sienten claramente que la calidad de la inserción profesional, tanto con respecto al riesgo de paro y de precarización del empleo como en cuanto al nivel salarial y la clasificación profesional, se halla estrechamente



vinculada al nivel del título: entre 1980 y 1992 el índice de paro de los titulados superiores, cinco años tras la finalización de estudios, se ha mantenido constante, mientras que ha superado el doble del inicial para los titulares de un certificado de Estudios Primarios (CAP) o de un Diploma de Estudios Profesionales (BEP) y aumentado casi en tres cuartos para los bachilleres (Méron, Minni, 1995); además, Francia es uno de los países donde las ventajas salariales que reportan los estudios superiores son mayores, aún si se considera la tendencia de estas ventajas a disminuir entre las últimas generaciones (véase Goux, Leclercq, Minni, 1996) (1).

Por otra parte, como ya se ha observado en repetidas ocasiones, el coste en oportunidades de empleo que implican los estudios disminuye al agravarse la escasez de empleo e incita a los individuos a lograr mejores perspectivas dentro del sistema de formación. Esta tendencia resulta particularmente fuerte allí donde, como es el caso en Francia, la creación de empleos secundarios es insuficiente para estimular la búsqueda de oportunidades en el mercado de empleo. Vinokur (1995) da el contraejemplo de los Estados Unidos, donde al estar contenido el paro por la multiplicación de los «malos empleos» de servicio, poco cualificados, la demanda de matriculación en los institutos disminuye desde hace varios años.

La gestión del empleo por criterios de competencias favorece la lógica de clasificación por categorías de títulos

Las evoluciones de los criterios de las empresas en materia de clasificación y de trabajo estimulan el afianzamiento de esta lógica de los niveles o categorías. En este sentido, Jobert y Tallard (1993 y 1995) observan que las tablas de criterios de clasificación renegociadas recientemente, en particular en la industria, se fundamentan en la clasificación en seis niveles del Ministerio de Educación nacional, lo que «evidencia una importante ruptura con el método tradicional de valorar un título (título profesional específico del ramo considerado y estrechamente vinculado a una función precisa (...) o que sanciona el aprendizaje de una profesión)».

Estas tendencias corroboran el surgimiento de un tipo de organización y de

gestión del empleo en base a las competencias, «conjunto de propiedades inestables que han de someterse a prueba (por oposición a) la cualificación, que se medía durante este último periodo por el título, adquirido de una vez para siempre, y por la antigüedad» (Rope, Tanguy, 1994). Desde esta perspectiva, la indefinición del contrato de trabajo tiende a incrementarse, lo que tendría diversas consecuencias: aumento de la utilización del título como indicador de un nivel de competencias generales (función de filtro); necesidad de crear mecanismos de formación complementarios y específicos (en forma de alternancia) y/o un recurso a periodos de prueba y selección de los trabajadores seleccionados en un primer momento con el criterio del título (véase Lochet, Podevil, Saunier, 1995).

El título como eliminador de incertidumbres

Estas caracterizaciones coinciden con las observaciones más antiguas de Silvestre (1987), según las cuales los títulos en Francia no dan pie directamente a una cualificación reconocida y una identidad profesional afianzada, sino que indican aptitudes, cada vez más asimiladas al nivel de estudios alcanzado. A corto plazo, la aplicación de este principio disminuye los costes de selección y contratación, pero plantea riesgos de desajustes posteriores que se traducirán en costes suplementarios de formación continua y/o la repetición de los procedimientos de contratación: se considera al nivel de estudios como un índice positivo de unas competencias globales, de una adaptabilidad al «cambio». Sin embargo, no garantiza la capacidad de integrarse en dinámicas colectivas, de asumir responsabilidades y tomar iniciativas, cualidades que las empresas resaltan habitualmente, incluso para los empleos básicos. Resumiendo, la certidumbre no es nunca total en cuanto al nivel de competencias de los titulados contratados, pero sí parece serlo en cuanto a los jóvenes eliminados por el proceso de selección. Por tanto, ¿no tienden los estudios y los títulos a imponerse como filtro más que como una inversión en capital humano?

Así, ya sea desde el punto de vista de los individuos o de las empresas, la búsqueda de un nivel más alto para los títu-

«(...) el coste en oportunidades de empleo que implican los estudios disminuye al agravarse la escasez de empleo e incita a los individuos a lograr mejores perspectivas dentro del sistema de formación.»

«(...) los títulos en Francia no dan pie directamente a una cualificación reconocida y una identidad profesional afianzada, sino que indican aptitudes, cada vez más asimiladas al nivel de estudios alcanzado.»

«(...) se considera al nivel de estudios como un índice positivo de unas competencias globales, de una adaptabilidad al «cambio».»

(1) sin embargo, para algunas vías profesionales, habría que corregir este enfoque global en función de la especialidad del título, dado que la «rentabilidad» en la inserción de algunas formaciones industriales sobrepasa con frecuencia a la de los títulos terciarios o generales de nivel superior.



« Por tanto, las familias toman racionalmente la decisión de proseguir estudios y (...) se pone en marcha un movimiento automantenido de continuación de estudios no regulado por los precios, ya que la parte esencial de los costes de estudiar recae sobre la colectividad. Esta opción tiene lugar en perjuicio de la formación profesional y tecnológica.»

los funciona como un seguro frente a las incertidumbres, ya conciernan éstas al mercado de trabajo o a las competencias reales de las personas (véase Béduwé, Espinasse, 1995). Por tanto, las familias toman racionalmente la decisión de proseguir estudios y, por efecto de agregación de estas microdecisiones, se pone en marcha un movimiento automantenido de continuación de estudios no regulado por los precios, ya que la parte esencial de los costes de estudiar recae sobre la colectividad. Esta opción tiene lugar en perjuicio de la formación profesional y tecnológica. Las continuaciones de estudios una vez finalizada la enseñanza tecnológica han sido muy numerosas, habiéndose duplicado prácticamente entre 1984 y 1992 (del 33% al 60% para los títulos universitarios tecnológicos (DUT), y pasado del 20% al 39% para los diplomas de técnicos superiores (BTS)), si bien es cierto que existe una alta proporción, sobre todo entre los segundos, de formaciones de especialización dentro de un tercer año de estudios (véase Martinelli, Vergniès, 1995). Sin embargo, la tendencia general es hacia la reproducción de los mecanismos que han afectado a los bachilleratos tecnológicos (un 85% de continuaciones de estudios hacia la enseñanza superior para un título concebido en principio con la perspectiva de una inserción en el mercado de trabajo), y además las vías selectivas que constituyen los DUT atraen a numerosos bachilleres generales que aspiran a proseguir sus estudios.

En una coyuntura caracterizada por una escasez global de empleos, el título se convierte ante todo en una protección contra el paro, a continuación en una posición para acceder a los contratos privados y más en general a los empleos escasos, y por último como el factor clave de una carrera salarial: de esta manera, el peso de la política educativa en la jerarquización de la sociedad se ha incrementado notablemente en el último periodo, en beneficio sobre todo de los titulados de la enseñanza superior (Verdier, 1996).

Vinokur (1995) resalta que esta evolución se inscribe en un proceso de autoreforzamiento cuyo único límite son los costes presupuestarios (las tasas de matriculación son en Francia extremadamen-

te bajas). La evolución tiende a reforzar un proceso de competencia individual entre los jóvenes para acceder a los empleos y que tiene lugar antes de nada en el interior del sistema educativo. Podría desembocar en una «reglamentación burocrática» de la articulación títulos-empleos, que se traduciría, como en el caso de las modalidades de acceso a los empleos públicos, en la creación de «oposiciones privadas» para acceder a los contratos privados, y donde el título sería una condición para presentarse. Lochet, Podevin y Saunier (1995) dan diferentes ejemplos de esta reglamentación emergente en grandes empresas. Así pues, esta continuación de los estudios hacia la enseñanza superior o dentro de ella corresponde a un ajuste «orgánico» en el sentido dado por Silvestre: está apoyada por el método regulatorio habitual del sistema francés, que hace del rendimiento escolar el patrón de los méritos de cada persona.

La década del 80: exclusión selectiva del conjunto de los jóvenes, pero aprovechamiento de la situación por parte de los títulos superiores

Al menos hasta 1992, la evolución del mercado de empleo parece caracterizarse a la vez por una consolidación de los mecanismos de exclusión selectiva (en el sentido dado por Garonna y Ryan) para los jóvenes en su totalidad y por el surgimiento de una regulación competitiva en algunos segmentos del mercado de trabajo, de la que los titulados superiores han sido los grandes beneficiados.

Retroceso global de la proporción de jóvenes en las contrataciones de las empresas

Durante la primera fase de la crisis (decenio del 70), los criterios de selección de las empresas en cuanto a contrataciones no sufrieron cambios radicales bajo el efecto de la escasez del empleo. Esta se tradujo mecánicamente en un aumento del paro juvenil, pero no por encima del que afectaba a las otras categorías de la mano de obra (Affichard, 1981).



La prolongación y evolución posterior de la crisis se tradujeron a continuación en un cambio sensible en las prácticas de contratación de las empresas, en detrimento de los jóvenes y sobre todo de los jóvenes salidos del sistema educativo. Tanto las cifras como la proporción de jóvenes que se inician en una profesión disminuyeron fuertemente (del 17% en 1973-74 al 13% al final de la década de los 80).

Hasta 1985-1986, el déficit de contrataciones frente al flujo de titulados se agravó claramente, alcanzando cerca de 400.000 empleos (Pottier, 1990). A partir de esa época, la creación de mecanismos públicos de ayuda a la inserción y la recuperación económica y en la creación de empleos se 1987 a 1991 aliviaron ligeramente el problema, pero sin modificar sustancialmente la situación. Este descenso en la proporción de jóvenes principiantes dentro de las contrataciones ha vuelto a acentuarse de la mano de la recaída coyuntural en 1992. Utilizando un indicador más restrictivo, puesto que no toma en cuenta a los jóvenes que tras finalizar el servicio militar se presentan por primera vez en el mercado de trabajo, Balan y Minni (1995) han mostrado que la proporción de jóvenes salidos de una formación inicial en los accesos a las empresas ha pasado de un 11,2% en el periodo marzo 1991-1992 al 9,12% en el de marzo 1993-1994.

El mecanismo de «exclusión selectiva» en perjuicio de los jóvenes, usando el término de Garonna y Ryan, ha sido particularmente claro durante la década del 80, ya que la proporción de jóvenes de menos de 25 años ha disminuido en todos los sectores de actividad. Globalmente, entre 1982 y 1990 el empleo juvenil ha experimentado un descenso superior al 19%, mientras que el empleo total ha aumentado en más del 3% (incluso habiendo contabilizado los empleos juveniles de estatuto particular, como los contratos de empleo-solidaridad, cuyos índices de reconversión en empleos normales son bajos (Aucouturier, Gélot, 1994)). El aumento en los índices de escolarización, que además no es totalmente independiente del descenso en las oportunidades de empleo, no puede explicar todo el fenómeno, puesto que entre 1980 y 1990 el número de parados de menos de 25 años sólo disminuyó en un 3,5%.

Un dualismo creciente de la inserción y las contrataciones según el nivel del título

Al menos hasta 1992, los titulados de la enseñanza superior consiguieron escapar en buena parte a este tipo de ajuste y beneficiarse de importantes creaciones de empleos para mandos y profesiones intermedias, en ocasiones al precio de una categoría inicial diferente o «desclasificación inicial» (a comienzos de la década del 80, un 12% de los empleados y obreros para los títulos de niveles I y II, transcurridos nueve meses tras el término de sus estudios, 26% para los titulados varones del nivel III y 38% para las mujeres), generosamente compensada por movidades posteriores. No solamente las desclasificaciones a medio plazo (cinco años de transición) han afectado menos a los titulados superiores, sino que incluso han disminuido hasta comienzos de la década del 90, aunque los flujos de estudiantes se incrementaron fuertemente. Según Laulhé (1990), en 1985 el 77% de los jóvenes con titulación universitaria de segundo o tercer ciclo (bachillerato + tres años como mínimo) o con un título de ingeniero o de Grande École se habían convertido en mandos, entre uno y cinco años después de salir del sistema escolar. En 1977, esta proporción era sólo del 62%.

Es evidente que las empresas han intentado beneficiarse del efecto de una oferta de formación mucho más favorable para responder a sus necesidades de mano de obra cualificada. Ello ha implicado que abrieran sus mercados privados y ofrecieran acceso directo a los puestos cualificados, a lo que las empresas se veían motivadas por el esfuerzo efectuado en las diferentes vías de la enseñanza superior por adaptarse mejor a las necesidades de las empresas. Este movimiento de profesionalización es la prueba de una transformación estructural del destino de los flujos de titulados de la enseñanza superior y en particular de los universitarios: además de los empleos públicos, que siguen siendo una fuente esencial de contratación por los puestos de profesorado, el sector privado se convierte en un ofertor de empleo cada vez más importante, sobre todo para los jóvenes que han iniciado sus estudios superiores preparando un ciclo profesional corto (DUT o BTS)

«La prolongación y evolución posterior de la crisis se tradujeron a continuación en un cambio sensible en las prácticas de contratación de las empresas, en detrimento de los jóvenes y sobre todo de los jóvenes salidos del sistema educativo.»

«(...) los titulados de la enseñanza superior consiguieron (...) beneficiarse de importantes creaciones de empleos para mandos y profesiones intermedias, en ocasiones al precio de una categoría inicial diferente o «desclasificación inicial» (...)»

«Es evidente que las empresas han intentado beneficiarse del efecto de una oferta de formación mucho más favorable para responder a sus necesidades de mano de obra cualificada.»



«Esta apertura de los contratos privados se ha efectuado probablemente en detrimento de las posibilidades de promoción del personal ya integrado con niveles de formación inferiores.»

«La evolución más notable consiste en que estas tendencias ya no hacen excepción con los jóvenes titulados superiores, como era claramente el caso en el decenio de los 80.»

Esta apertura de los contratos privados se ha efectuado probablemente en detrimento de las posibilidades de promoción del personal ya integrado con niveles de formación inferiores. De esta manera, las perspectivas de promoción han disminuido grandemente tras 1974 entre la mano de obra contratada inicialmente para empleos poco cualificados (Goux 1991). El estudio de Pierre Béret (1991) sobre los contratos privados durante la década del 80 pone de manifiesto un retroceso neto de las ventajas salariales de la antigüedad, en beneficio de las de la movilidad externa (contratación de personal experimentado y de jóvenes formados), lo que difiere de la regulación de los mercados privados que había prevalecido durante las décadas del 60 y del 70. Así pues, los titulados superiores se han beneficiado en buena medida de este recuestionamiento (parcial) de la antigüedad por parte de los contratos privados, que testimonia el surgimiento de modalidades más competitivas de gestión de la mano de obra y, por tanto, un cambio de naturaleza estructural. Como señala Béret, esta evolución no contradice el incremento en la antigüedad media entre la mano de obra contratada. Esto a su vez demuestra tanto un bloqueo creciente de las carreras del personal manual (en particular los obreros) como el cierre de los contratos privados a estos niveles de contratación, con la intención de favorecer a la mano de obra ya en la empresa, como se aprecia repetidamente en los planes sociales de despidos. Esta preocupación por proteger es aún más evidente porque la mano de obra de la empresa, bastante peor formada, posee cualificaciones muy específicas que no le permiten adaptarse bien a los cambios cada vez más profundos y frecuentes en los empleos y la organización del trabajo. Hay que resaltar además que, de forma general, las diferencias intergeneracionales en cuanto a niveles de formación son mucho más acusadas en Francia que en Alemania.

A fin de cuentas, durante este periodo no solamente el empleo se hace tanto más accesible cuanto mayor es el nivel del título, sino que además los riesgos de paro son mucho menores para los jóvenes que finalizan la enseñanza superior que para los restantes, y eso a pesar de que los niveles medios y sobre todo de bajas cualificaciones han estado muy favoreci-

dos por las políticas de ayuda a la inserción.

A partir de 1992: ¿dificultades coyunturales o estructurales?

Desde el principio de la década del 90, algunas de las tendencias antes mencionadas del mercado de empleo se han acrecentado (para un balance del decenio del 80, véase Verdier 1995): se ha agravado el descenso en el empleo juvenil entre 15 y 29 años (-900.000 entre 1990 y 1995), el paro ha vuelto a incrementarse fuertemente tras una clara mejora entre 1986 y 1991, la probabilidad de encontrar un empleo con contrato indefinido al principio de una carrera ha disminuido decisivamente, y las desclasificaciones (pérdida de categoría) en la primera contratación afectan a una proporción mayor de jóvenes (para un análisis detenido, véase Goux, Leclercq y Minni, 1996).

Clara degradación en la calidad de las inserciones de titulados superiores

La evolución más notable consiste en que estas tendencias ya no hacen excepción con los jóvenes titulados superiores, como era claramente el caso en el decenio de los 80. Antes al contrario: por ejemplo, en el tema del paro es significativo que en 1994-1995 el retroceso del paro haya beneficiado a todos los grupos de jóvenes **salvo** a los titulados superiores. A este respecto la ruptura es radical con los años 81-85, cuando el paro aumentó enormemente para todas las categorías de jóvenes salidos hacia menos de cuatro años del sistema educativo (del 15% al 24% para los bachilleres, del 34% al 48% para los jóvenes sin titulación), **con la excepción** de los titulados superiores.

La precariedad en el empleo ha aumentado más para los titulados superiores entre 1991 y 1995 (pasando del 15,1% al 22,4% para los empleos ocupados de niveles II y I, y del 17,1% al 25,8% para los bachilleratos + 2) que para los jóvenes sin titulación (del 38,3% al 44,8%). Por supuesto que los índices absolutos se hallan aún muy alejados, pero así y todo es clara la tendencia a la nivelación e in-



cluso podemos decir a la trivialización de la situación de los jóvenes con títulos superiores.

Hemos visto que durante el decenio del 80 la calidad de la inserción de los jóvenes titulados superiores se había mantenido a un buen nivel. Desde entonces, esta relación entre títulos y empleos parece haberse relajado en buena parte, sobre todo para los titulares de un BTS o de un DUT: durante los tres primeros años en su vida activa, más de las dos terceras partes de éstos ocupan un puesto de obrero o de empleado, contra el 38% de 1991 (2). Para los niveles II y I, la degradación es mucho menos grave (60% de mandos en 1995 frente al 68% cuatro años antes), pero se halla atenuada en parte por un artefacto de clasificación: la reclasificación de los instructores en la categoría de «profesores de escuela», considerados actualmente como «mandos», falsea las comparaciones, ya que estos enseñantes forman un volumen importante de las contrataciones al término de los segundos ciclos de las vías generales.

¿Hacia un cambio estructural?

La disminución progresiva de los salarios en los empleos más cualificados, «simultánea al incremento de la oferta de titulados en el mercado de trabajo», ha favorecido la transformación de las estructuras de los empleos hacia los niveles máximos de cualificación (Goux, Leclercq y Minni, 1996). Entre 1990 y 1995 ha proseguido el estrechamiento de la jerarquía de salarios en función del título, pues al inicio de una carrera profesional las remuneraciones de los no titulados aumentan a mayor velocidad que las de los bachilleres o los alumnos de ingenierías. Sin embargo, entre 1991 y 1995 más de la mitad del excedente de títulos de enseñanza superior hubo de orientarse hacia otros empleos de menor cualificación o permanecer en paro (ibid). Es posible que este desfase se haya acentuado debido a un cierre relativo de los contratos privados, al mostrarse las empresas más interesadas por ofrecer perspectivas de carrera a los niveles intermedios de cualificación tras un largo periodo de desregulación «desde arriba» de los contratos privados.

Pero es evidente que lo esencial no es eso, sino el desfase cada vez más claro

entre las capacidades de absorción del sistema de empleo y el incremento muy marcado de los flujos de salida de la enseñanza superior. Martinelli y Vergnies (1995) han mostrado que a partir de 1992 el flujo anual de contrataciones de mandos y profesiones intermedias no había disminuido sino todo lo contrario, pero que el incremento cada vez mayor de los flujos de titulados superiores contrarrestaba este efecto. Sin que pueda hablarse aún de una situación al estilo italiano, donde el índice de paro entre los titulados superiores del ciclo largo es mayor que el del conjunto de la población activa (véase Jobert, 1996), la ruptura con respecto a la posición «rentabilizadora» en el mercado de trabajo que prevalecía en la década del 80 es evidente.

Por el momento este proceso es auto-mantenido, pues la escasez global del empleo y su precarización continúan incitando a los jóvenes a proseguir sus estudios el máximo tiempo posible. Por otra parte, la fuerte aversión al riesgo que parece caracterizar a la población activa francesa (Goux y Maurin, 1993) empuja a numerosos titulados a optar por empleos más «seguros», particularmente en la administración pública, incluso aceptando importantes pérdidas de categoría y reduciendo fuertemente sus pretensiones salariales. La selección en el acceso a los puestos de la administración pública se ha agudizado enormemente desde el inicio de la década de los 90. Por ejemplo, entre los secretarios administrativos, (categoría B del servicio público, esto es, una profesión intermedia), un 70% poseía un título de nivel I o II en 1995, frente al 20% de cuatro años antes (ejemplo citado por Goux y otros). La «resistencia al cambio de categoría» (d'Iribarne, 1990) parece ceder ampliamente ante la magnitud de los cambios estructurales que afectan al mercado de trabajo juvenil. (3)

Conclusión

A pesar de todo, sería exagerado predecir una agravación radical de la situación de los jóvenes con titulación superior en el mercado de trabajo. Es el caso particular del indicador fundamental que constituye el índice de paro. Tras cinco años de presencia en el mercado de trabajo,

« lo esencial (...) es (...) el desfase cada vez más claro entre las capacidades de absorción del sistema de empleo y el incremento muy marcado de los flujos de salida de la enseñanza superior.»

(2) Lógicamente, el índice de continuación de estudios al término de estas vías profesionalizadas se incrementará en consecuencia, en contra de la finalidad inicial de estas formaciones.

(3) Lo que no significa que no se manifieste durante todas las fases iniciales del proceso de transición, por ejemplo en forma de una prolongación del paro de inserción.



« (...) el proceso de huída hacia adelante y hacia niveles educativos máximos (...) ¿puede ser el único mecanismo de regulación de flujos en el contexto de la inserción de los jóvenes (...)? »

sus índices de paro oscilaban en 1995 entre el 6% y el 8% (en función del número de años de estudios superiores), mientras que subían al 11,5% para bachilleres, 14,9% para los titulares de un CAP o un BEP, y 31,4% para las personas sin cualificación. Esta capacidad de protección contra el paro es aún más eficaz porque los titulados superiores reemplazarán en mayor grado a otros jóvenes más desprovistos de capital escolar. En este sentido, puede entenderse la enseñanza superior como un mecanismo de exclusión (Bourdon, 1995), al determinar la formación hoy más que nunca la posición que han de ocupar los jóvenes en la lista de espera para ocupar empleos, según un esquema tipo Thurow.

Pero la cuestión de la inserción de los jóvenes estudiantes no sólo plantea problemas de equidad como los que hemos enunciado. Puede afirmarse la idea, difícilmente refutable, de que la formación será siempre positiva a largo plazo. Pero, en una economía de mercado cada vez más inestable, el proceso de huída hacia adelante y hacia niveles educativos máximos, compuesto en sí por la agregación de microdecisiones inspiradas por el legítimo intento de escapar lo mejor posible de las incertidumbres, ¿puede ser el único mecanismo de regulación de flujos en el contexto de la inserción de los jóvenes, como parece ser el caso actualmente? La pregunta merece plantearse,

tanto más cuanto que Francia ya parece haber compensado de sobra su retraso en cuanto al nivel de formación de las jóvenes generaciones.

Por el momento las cuestiones económicas parecen haber tenido poca relevancia en los debates, solicitándose simplemente con regularidad de la financiación pública que haga frente a la ola ascendente de la enseñanza superior. Sin embargo, podemos preguntarnos si los mecanismos de ajuste actuales podrán continuar en esta forma. Mientras que la parte del PIB destinada a la enseñanza fluctuaba en torno al 6,5% desde 1975, desde 1990 ha aumentado enormemente, pasando al 7,3% en 1994. Este incremento, tomando en cuenta el aumento muy fuerte en las cifras de alumnos y profesores, se ha contenido mediante un ajuste del gasto medio por alumno, sobre todo en la enseñanza superior (el coste medio de un estudiante francés, en promedio de todas las carreras, fue en 1993 inferior en un 47% al de la media de la OCDE). Así pues, se plantean dos cuestiones: desde un punto de vista macroeconómico, ¿podrán continuar en esta línea los presupuestos públicos, sobre todo cuando hay que integrar en la enseñanza superior a alumnos cada vez más heterogéneos (4)? ¿Podrán continuar reduciéndose los gastos medios por estudiante, sin que surjan problemas graves de calidad de la enseñanza superior?

Referencias bibliográficas

Affichard J. (1981) "Quels emplois après l'école : la valeur des titres scolaires depuis 1973". *Economie et Statistique*, n° 134. INSEE. Paris.

Aucouturier A-L., Gelot D. (1994) "Les dispositifs pour l'emploi et les jeunes sortant de scolarité", *Economie et Statistique* n° 277-278. INSEE.

Beduwe C. et Espinasse J-M. (1995) "France, politique éducative, amélioration des compétences et absorption des diplômés", *Sociologie du Travail* n°4. Dunod.

Beret P. (1992) "Salaires et marchés internes", *Economie Appliquée*, tomo XLV n°2 pp. 5-22.

Bourdon J. "La formation contre le chômage, une vision économique réévaluée de l'investissement éducatif?", *Sociologie du Travail* n° 4.

Cahuc P. et Michel Ph. (1994) "Education, marché du travail et chômage" in d'AUTUME A. "Education, croissance et chômage". Doc ronéo MAD et

CME-Université de Paris I (rapport d'étude dans le cadre de l'appel d'offres "l'investissement éducatif et son efficacité", DEP-Ministère de l'Education nationale).

Campinos-Dubernnet M., Grando J-M. (1988) "Formation professionnelle ouvrière : trois modèles européens", *Formation Emploi* n°22. La Documentation Française.

Elbaum M., Marchand O. (1994) "Emploi et chômage des jeunes : la spécificité française", *Travail et Emploi* n°58. Ministère du Travail, de l'Emploi et de la Formation professionnelle.

Faure A., Pollet et Warin P. (1994) "La construction du sens dans les politiques publiques : débats autour de la notion de référentiel". L'Harmattan.

Fourgeot G., Gautie J. (1996) "Insertion professionnelle des jeunes et processus de déclassement", doc. ronéo. Centre d'études de l'Emploi. Marne la Vallée.

(4) A no ser que se opte por índices muy elevados de fracaso durante el primer ciclo de la enseñanza superior, que es la tendencia actual: en la universidad, el índice de fracaso de los alumnos con el bachillerato profesional es del 90%.



- Fournie D.** (1994) "La place des jeunes dans les recrutements", *Economie et Statistique* n°277/278. Paris.
- Fournie D. et Grando J-M.** (1995) "Le recrutement des jeunes sortant du système éducatif : difficultés passagères ou dégradation irrémédiable", BREF n°113, CEREQ. Marsella.
- Garonna P., Ryan P.** (1989) "Le travail des jeunes, les relations professionnelles et les politiques sociales", *Formation Emploi* n°25. La Documentation Française.
- Goux D.** (1993) "Coup de frein sur les carrières", *Economie et Statistique* n° 249. INSEE.
- Goux D. et Maurin E.** (1993) "La sécurité de l'emploi, une priorité croissante pour les diplômés", *Economie et Statistique*, n° 261-1. *Economie et Statistique*. INSEE. Paris.
- Goux D., Leclercq J-Y., MINNI C.** (1996) "Formation, emploi, salaires", note ronéo. DEP-INSEE. Ministère des Finances.
- d'Iribarne A.** (1986) "L'insertion des jeunes dans la vie active : des problématiques qui restent à construire" in Tanguy L. (ed) "L'introuvable relation formation-emploi". La Documentation Française.
- d'Iribarne Ph.** (1990) "Le chômage paradoxal". PUF. Paris
- d'Iribarne A., d'Iribarne Ph.** (1993) "Institutional Setting and Regulatory Framework of Education and Training in France : Cultural Embeddedness and Socio-economic Challenges", de próxima publicación en BUECHTEMANN Ch., SOLOFF D. [eds.] (1996) "Education, Training and the Economy", Russel Sage Foundation. Nueva York.
- Jarousse J-P. et Mingat A.** (1986) "Un réexamen du modèle de gains de Mincer". *Revue Economique* n° 6. PUF. Paris.
- Jobert A. et Tallard M.** (1993) "Le rôle du diplôme dans la construction des grilles professionnelles" en JOBERT A.,
- Jobert A. et Tallard M.** (1995) "Diplômes et certifications de branche dans les conventions collectives", *Formation Emploi* n°52.
- Jobert A.** (1996) "L'insertion des diplômés de l'enseignement supérieur en Italie", *Sociologie du Travail* n 1. Dunod. Paris.
- Laulhe P.** (1990) "La mobilité de la main d'oeuvre : l'empreinte de la crise". *Données Sociales*. INSEE. Paris.
- Lochet J-F., Podevin G. et Saunier J-M.** (1995) "Produire des compétences pour gérer des recrutements", BREF n°111. CEREQ.
- Lutz B., Carneiro R., Steedman H.** (1994) "Examens des politiques nationales d'éducation : France", OCDE. Paris.
- Martinelli D, Vergnies J-F.** (1995) "L'insertion professionnelle des diplômés de l'enseignement supérieur se dégrade", BREF n°107. CEREQ Marsella.
- Maurice M., Sellier F., Silvestre J-J.** (1982) "Politique d'éducation et organisation industrielle en France et en Allemagne. Essai d'analyse sociétale", *Collection Sociologies*, PUF. Paris (traducción inglesa publicada en Cambridge University Press).
- Meron M. et Minni C.** (1995) "Des études à l'emploi : plus tard et plus difficilement qu'il y a vingt ans", *Economie et Statistique* n° 283-284.
- Minni C., Vergnies J-F.** (1994) "Les déterminants de l'insertion professionnelle des jeunes", *Economie et Statistique*, INSEE.
- Pottier F.** (1990) "La difficile insertion professionnelle des jeunes". BREF, n°58 . CEREQ. Paris.
- Prost A.** (1992) "L'enseignement s'est-il démocratisé ?" 1a. edición en 1986. PUF. Paris.
- Silvestre J-J.** (1986) "Marchés du travail et crise économique : de la mobilité à la flexibilité". *Formation Emploi*, n° 14. La Documentation Française.
- Silvestre J-J.** (1987) "Education et économie : éléments pour une approche sociétale". Doc ronéo. LEST-CNRS. Aix en Provence.
- Verdier** (1993) "Education and the Youth Labor Market in France : the Increasing cost of adjustments in the 1980s". Próxima publicación en BUECHTEMANN Ch., SOLOFF D. (eds.) (1996) "Education, Training and the Economy". Russel sage Foundation. Nueva York.
- Vinokur A.** (1996) "L'économie politique du diplôme", *Formation Emploi* n 52, La Documentation Française. Paris.